

# La Guerra de la Independencia asalto y destrucción de San Sebastián (1808-1813)<sup>1</sup>

Por JULIÁN MARTÍNEZ RUIZ

## 1. Introducción

No trato de esforzarme en exponer la gratitud con que recibí el encargo para asociarme a las tareas de estos VIII Cursos de Verano de San Sebastián, porque los sentimientos son los que menos traslucen a los labios, y los de un servidor, perezoso y espontáneo siempre, llegarían en este caso, a no comprender cuánto los estimamos y hasta qué punto nos obligan las atenciones que con ello se nos dispensa. Lo que estos cursos han hecho incorporándonos a su labor y a sus excelentes consecuciones sobrepasan nuestro reconocimiento, porque reverdecen en nosotros la participación que tuvimos en la ejecución del programa de las Conmemoraciones Centenarias de la Reconstrucción y Expansión de la Ciudad (1813-1863-1963).

Con el recuerdo de aquellas manifestaciones, traemos el mismo entusiasmo, el mismo amor a San Sebastián, cuyo esplendor conserva en el tesoro inagotable de su historia, nunca más entrañable en estos tiempos, en que esta ciudad apreciable, dinámica y llena de actividad, dirige su desarrollo por el camino adecuado, resplandeciente y realzada sustancialmente.

Vds. ahora, son los llamados a continuar con el ejemplo de la grandeza pasada el valimiento de las gentes nuestras, promover la renovación de la ciudad sobre el mismo solar histórico, como aquella que milagrosa resurgió vigorosa de entre cenizas, de su incendio y lucha, con el acuerdo de la reconstrucción, adoptado en las memorables sesiones de Zubieta de los días 8 y 9 de septiembre de 1813, y de las representaciones de sus comisionados al duque de Wellington, que no merecieron las consideraciones a la desgracia, y

---

(1) Tema acerca de la reconstrucción de la ciudad de San Sebastián, leído por el autor, el día 30 de agosto de 1989, en los VIII Cursos de Verano de San Sebastián.

ni aun siquiera consciente que las pérdidas materiales superaban los cien millones de reales, además de los gastos que la guerra había impuesto.

Los interesantes documentos de los manifiestos de 16 de enero de 1814, así como la información *ad perpetuam* que les sirvió de base a los representantes de San Sebastián, la correspondencia cruzada con Wellington y las representaciones dirigidas por la ciudad al generalísimo, a la Regencia y a las Cortes, obran en la Colección de Documentos Históricos, impresos por el Ayuntamiento de San Sebastián en 1895 y presentada a la Corporación Municipal por el ilustre señor de nuestros anales, don Baldomero Anabitarte.

Parecía que aquella tragedia había de poner fin a una vida de desgracias y recuerdos y, al modo de vivir afortunado y libre, un período de continuada decadencia. Y, sin embargo, a la voluntad enérgica, el ansia de vivir y el afán de los donostiarras por su pueblo, se sobrepuso animando a los supervivientes de la catástrofe, como para acometer con mayor ímpetu el desarrollo grande de su expansión urbana.

Inmediatamente, se constituyó provisionalmente para ello la Junta en la casa que en la calle de la Trinidad, núm. 208 (hoy 40 de la calle 31 de agosto) poseía don Bartolomé de Olózaga, representante del Consulado de la ciudad, a la que, aunque llegó el saqueo, no alcanzó el incendio. En aquella estancia, se instaló el Ayuntamiento de San Sebastián, en 10 de septiembre de 1813, al regreso de Zubieta, a la asolada capital, y en ella se encauzó también el generoso impulso y se cimentó la reintegración de la ciudad conforme a los proyectos de Pedro Manuel de Ugartemendía y Silvestre Pérez, arquitectos de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Increíble parece a primera vista lo que San Sebastián -con voluntad- ha realizado, desde el inicio de su resurrección y transformación en 1816 hasta 1836, derribo de las murallas y fortificaciones que tomó carácter oficial y se logró en 1864, y primera urbanización y ensanche aprobado en 1866, extendiendo la población con nuevas vías y caminos y nuevos edificios de modernidad, desde el Boulevard hasta los barrios de Amara, de San Martín y del Antiguo, por la marisma frontera, por donde se iba al camino de Hernani, hacia la derecha, y al de Irún, por la izquierda.

Se alzó fuerte y rápida como una ciudad nueva, con ostentación y gala, tomando el carácter de ciudad turística sin olvidarse de crear industria, y con las bellezas de su actual crecimiento.

Sería lugar predilecto para el verano, a pesar de las molestias del viaje, que se realizaba en diligencias y duraba dos días desde Madrid.

En este aniversario de tan aciago día, en que las llamas cubrieron el ambiente de la ciudad de nuestros antepasados, y volviendo la vista hacia atrás y atalayando el esfuerzo por los donostiarra realizado, un recuerdo unánime ha de excitarnos, trayendo a la memoria los saludables ejemplos de su civismo.

*El plano de 1800.*- Tenía San Sebastián en los albores de 1800 una vida comercial muy próspera, comprendiendo la población, aglomerada intramuros, en su asiento al pie del Castillo de la Mota, al que se subía por la puerta del Muelle y por detrás del convento de San Telmo, las siguientes vías, cuyo centro era la plaza Nueva, con el edificio suntuoso de la Casa Ayuntamiento y Consulado, trazado por el ingeniero Hércules Torrelli, con su interesante fachada.

Paralelas a la Puerta de tierra, en primera línea, figuraban la calle del Pozo, la plaza Vieja, pequeña e irregular, (hoy la Alameda) y la calle del Cuartel, que formaba ángulo con la de Igentea; en segunda línea, las de Atocha o de la Higuera (hoy parte de la plaza de Sarriegui) y la de Embeltrán; en tercera, las de Lorenzo (hoy San Lorenzo) y Esterlines; en cuarta, la del Puyuelo alto y bajo; en quinta y sexta, las de Ureta (hoy Pescadería) o del Pozo e Iñigo alto y bajo, afluyendo a la plaza Nueva; en séptima, la de Juan de Bilbao; en octava, la de la Trinidad, desde la iglesia de San Vicente hasta el atrio de la iglesia de Santa María, y en novena línea, la de San Telmo.

Perpendiculares a todas ellas, y secantes en su mayoría, conforme al plano general de la antigua ciudad de San Sebastián, concienzudamente trabajado por el arquitecto Pedro Manuel de Ugartemendia, comenzando por el frente del Este y teniendo el mar a uno y otro costado de las murallas, las calles de la Zurriola, San Juan y plaza de los Herreros (muy corta ésta, partiendo de San Vicente a San Telmo); las de Narrica, San Jerónimo y Mayor, desde la plaza Vieja a la calle de la Trinidad, y, en auténtico laberinto, las de Perujancho, del Campanario, la callejuela del Angel y la de Frente al Muelle, a la que se accedía por la puerta de dicho nombre.

Como edificios notables civiles, resaltaban en el plano, entre otros, el palacio del conde de Villalcázar de Sirga, cuya fachada posterior daba a la calle de Juan de Bilbao, y el de los marqueses de Rocaverde, en el que estuvieron las oficinas de la Real Compañía de Navegación a Caracas; los palacios de los duques de Granada de Ega, del linaje de San Ignacio de Loyola y de San Francisco Xabier; de los marqueses de San Millán, descendientes del gran almirante Oquendo; de Valmediano; de las nobles familias de Saenz Izquierdo, Soroa, Claessens, Mendizábal (condes de Peñaflorida), condes del Valle, los Berminham, Balzola y varios que juntamente sucumbieron entre las llamas (31 de Agosto de 1813).

El incendio arrasó toda la población; pero recurriendo al estudio y al conocimiento referido a tiempos pasados, incorporándonos a la historia y a la materia que tratamos y que comprende los ecos confusos y complejos de aquella noche luctuosa, vamos a extendernos sobre la tragedia de que fue víctima San Sebastián, que fue la primera población en recibir el 5 de marzo de 1808 a las tropas francesas a las órdenes del general Thouvenot, en el paso a la conquista de Portugal, y la última en librarse de la carga excesiva que trajeron sobre nuestra región las huestes de Napoleón al retirarse, y todos los aliados que, viniendo en persecución de aquellas, permanecieron aquí, desprovistos de los medios en que debía moverse un ejército en campaña.

Los hechos que precedieron y se originaron durante la guerra de la Independencia y la toma de San Sebastián, constituyen en el momento presente feliz un recordar de las horas amargas e inquietas de un pretérito accidentado, que indeleble vivirá en el corazón de todo buen donostiarra, evocando el caudal de lágrimas y de enseñanza que de la historia de las efemérides se derivan, y que es orgullo del pueblo nuestro, que ha llegado al grado de esplendor que hoy ostenta.

## **2. Descripción militar y defensores de la plaza**

El ahogo en sangre por Murat del levantamiento en masa del pueblo marileño el 2 de mayo de 1808 excitó los ánimos de los españoles a la lucha contra el invasor francés, estimulando a la organización de gente armada, hasta el punto de formar un conjunto numeroso de fuerzas regulares que, juntamente con la coalición anglo lusitana, dirigida por el general Wellington, vencieron a los franceses al volverse a Francia el intruso rey José Bonaparte, el 21 de junio de 1813, en la batalla de Vitoria, dejando abandonadas las plazas de Pamplona y San Sebastián, ocupadas por los franceses cuando se inició la lucha.

José I, instituido rey por Napoleón, había entrado en San Sebastián el 9 de julio de 1808, camino de Madrid, distinguido por su hermano el Emperador para hacerse cargo del Gobierno en el que fracasó por la continua y sangrienta guerra. Y, milagrosamente, regresó a Francia por Vera, el 27 de junio, seguido de la derrota experimentada en Vitoria.

Perseverante, Lord Wellington, tras vencer en Vitoria, mandó al general O'Donnell a cercar Pamplona, con el cuerpo de reserva de Andalucía, y al general Sir Tomas Graham, al frente de 4.000 hombres, armas y cañones, a la toma de San Sebastián. El resto del ejército aliado pasó a ocupar la línea de la

frontera francesa comprendida entre Fuenterrabía y Roncesvalles. El cuartel general se estableció en Hernani.

Desde el punto de vista estratégico, el pensamiento del duque de Wellington, en su avance victorioso de 1813, era llevar la guerra al Mediodía de Francia, abandonando su base de operaciones de Portugal y estableciéndola fuertemente en los Pirineos occidentales, con el sólido apoyo de Pamplona en su flanco derecho y San Sebastián en el izquierdo; con lo cual, y siendo dueño del mar, su posición era fortísima y podía desarrollar una importante acción de guerra en el territorio francés.

El libro de la Historia del Castillo y fortificaciones de San Sebastián durante los siglos XVI y XVII, donde los estudiosos ingenieros Olabide, Albarcellos y Vigon recopilan y ordenan documentos de valor inapreciable para la historia del sitio de San Sebastián en 1813, existentes en los Archivos de Simancas y de la Real Academia de Historia, refiere que la plaza que había de resistir, tanto como los embates del Cantábrico, formaba un cuadrilátero circuido de murallas antiguas y modernas, con arreglo a la disposición de sus lados y el peligro a que se hallaban expuestas.

Las crecientes del mar apartaban a la ciudad de toda comunicación por tierra y la aislaban, sin que ningún camino o calzada llegase en la ocasión a su única puerta meridional.

En el ángulo occidental, la Puerta del Muelle, con toda la obra, figuraba bañada por la bahía de la Concha, y la parte Oriental por la margen izquierda del río Urumea, pero tan inmediata de su salida al mar, "que podían sus aguas considerarse como el mar mismo, tal era" la alternativa de ascenso que alcanzaban las corrientes de agua al pie de la muralla de la Zurriola o Frente del Este.

En la defensa del lado meridional, el gran lienzo de la muralla Sur constituía un espacio de unos 350 metros con un baluarte, que estaba colocado en medio, llamado Cubo Imperial, de 66 metros de longitud y 13 de ancho, en el que franqueaba la comunicación la puerta de entrada, lo mismo para el vecindario que para el paso de las grandes diligencias a la ciudad. Levantado en tiempos de Carlos I, tenía de inmediato a sus lados los baluartes de San Felipe (Igentea) y el citado de Santiago o del Gobernador, así llamado por este cargo que ejerció uno de los Lardizábal de la casa de Amézqueta, señalada por Wellington como punto de ataque a las fortificaciones de la Zurriola.

Por el lado septentrional no era necesario proteger el territorio, ya que la masa de agua cubría el apoyo fundamental de la fortaleza levantada en el monte Urgull, de 600 metros por 400 en su base elíptica y 120 de altura sobre

que permanecía el Castillo de la Mota, nombre que posiblemente evocaba al apellido de su defensor en 1719.

El castillo figuraba formado, en aquel tiempo, por una gran torre, El Macho, dotado con cierto número de piezas de artillería situadas a cada lado, llamadas de la Reyna y del Mirador, enderezadas de tal modo con El Macho que aparentaban componer un solo conjunto como frente.

En lugar o parte inferior de El Macho y de esas unidades tácticas de artillería colocadas, había otras en la inmediación destinadas a operaciones de defensa de la entrada a la bahía y todo el puerto o a emplear indistintamente en el espacio de las dunas hasta el monte Ulía, distante 1300 metros, ya para alejar los buques enemigos que tratasen de proteger la expugnación de los costados de la ciudad o de la isla de Santa Clara donde se había fortificado pasajeramente la capilla que la coronaba, sobre el actual faro, refulgente guía de noche a la entrada de la ciudad.

Contiguo a la Iglesia de Santa María, y por encima, el convento de Santa Teresa y una tapia de poca resistencia que se extendía de una parte a otra por el pie del monte Urgull, quebrada por pequeñas defensas, cerraban las dos entradas en la subida al Castillo.

Así estaba circundada la ciudad, pero sus fortificaciones exteriores se destacaban en una línea sinuosa por los actuales terrenos del ensanche meridional, hasta uno de los bastiones que llegaba al edificio de los PP. Jesuitas, en las calles de Andía y Garibay; otra avanzada de las obras de sus murallas, por Oriente, alcanzaba al portal de la casa nº 8 de la Plaza de Guipúzcoa; y un tercer vértice, por el Poniente, llegaba hasta el nº 13 de la calle de Andía.

La guarnición francesa se componía de unos 3.500 hombres de los regimientos 1.º, 22.º, 34.º y 62.º de línea, de dos compañías de Ingenieros y algunos soldados del arma de artillería, muy cortos para el servicio de las 76 piezas útiles que había montadas en la plaza y que hubo de acrecentarse con infantes a quienes se ejercitó prácticamente.

Un batallón de esa fuerza se envió en servicio especial a San Bartolomé y a una pequeña defensa que se improvisó en el cementerio —próximo entonces—, habiéndose además tomado posesión de la cabeza del puente de Santa Catalina con una avanzada de 40 hombres, de los cuales llegaban hasta el convento de San Francisco —hoy almacenes municipales y Colegio Zuhaziti— Otra patrulla de 25 hombres fue enviada a la isla de Santa Clara, y a los escasos ingenieros disponibles se sumaron 30 infantes y cuantos obreros pudieron reclutarse, que fueron empleados en la obra de allanar terrenos de los barrios de San Martín y de Santa Catalina, y en el derribo de árboles para el

almacenado de madera con destino a los blindajes, estacadas o palizadas, y caballos de frisa. Colaboraban dirigiendo los trabajos los jefes de los batallones de artillería e ingenieros comandantes de la plaza Brion y Pinot.

A todos atendía el teniente general barón Emmanuel Rey, de gran reputación militar, cuya inteligencia supo infundir a sus tropas el aliento y vigor precisos para la protección de una ciudadela tan importante como San Sebastián, de cuya dirección se hizo cargo el 22 de junio de 1813, en nombre de las armas imperiales, pasando a disponer de un total de 92 piezas de artillería.

Las tropas del Emperador tenían su cuartel en el convento de Santa Teresa, entre el convento propiamente dicho y el palacio de los Oquendo, que encontraron abandonado tras la marcha en 1808 de las Carmelitas a Zarauz; lo utilizaban además como depósito y hospital y, cuando el asedio, fue fortalecido para cortar toda comunicación entre el Castillo y la ciudad. Por esta razón, los ingenieros franceses derribaron algunas dependencias de la parte baja del convento que se hallaba lleno de escombros.

### 3. Primer período del sitio

Las tropas españolas del general Mendizábal al perseguir al general Foy, después de evacuar la posición de Tolosa, ocupaban las alturas de San Martín y orilla derecha del Urumea, atacando el 29 de junio de 1813, para tomar la ciudad, dominada por el general Rey que, en el refugio de su guarnición, ordenó el incendio de los barrios extramurales de Santa Catalina y San Martín con el propósito de dilatar la acción de los atacantes para preparar la defensa de la plaza. Cuidaban y vigilaban el alto de San Bartolomé sobre el camino de Hernani, un batallón del 22.<sup>o</sup> y otro del 26.<sup>o</sup> francés que estaba de reserva, y que, atrincherados fuertemente en el convento, contuvieron en principio el avance victorioso de Wellington para la posesión de nuestra ciudad.

Aquellos días estuvieron llenos de angustia para los donostiarros que sufrían amarguras y molestas fiscalizaciones en sus actos peculiares singularmente; hasta el 3 de julio, que nuestros compatriotas tomaron Pasajes, necesario para establecer el bloqueo de San Sebastián, no volvió la esperanza a la oprimida población, que esperaba la entrada de las tropas aliadas como libertadoras.

Con alegría y llenos de consuelo, los habitantes de la ciudad que no lograron salir del recinto de fortificación y conseguir unirse a las fuerzas españolas, aguardaban a éstas desde las primeras operaciones que sobre San Bartolomé realizó el general Mendizábal, tomando parte a las órdenes del co-

ronel Ugartemendia los tres batallones guipuzcoanos que mandaban Aranguren, Larreta y Calbetón, con otros batallones vizcaínos; batallones que, sostenidos por los aliados, habían de cubrirse más tarde de gloria en San Marcial dando lugar a que el jefe inglés lanzase su bella proclama enaltecendo a maravilla el valor y denuedo “de los individuos del 4.º Ejército Español que tengo la dicha de mandar”.

Rechazada eficazmente una salida de los franceses, hubieron de retirarse, sin embargo, los batallones guipuzcoanos atacantes que marchaban con dirección a San Sebastián. Siguiendo instrucciones del Lord generalísimo de reunirse con las demás tropas españolas del 4.º Ejército, el día 13 de julio, para dejar libre el campo a los angloportugueses con las tropas dirigidas por el general inglés Sir Thomas Graham, teniendo como Jefe de artillería a Sir Alexander Dickson y como Comandante de ingenieros al mayor Charles F. Smitch, quien trazó el plan para la ejecución del ataque. El Teniente Coronel Sir Richard Fletcher tenía a su cargo los servicios de ingenieros.

La fuerza del ejército aliado comprendía de nueve a diez mil hombres, pertenecientes a la 5.º División inglesa del General Oswald, y a las Brigadas portuguesas de Bradford y Wilson, más cuarenta piezas con quinientos veintiséis artilleros.

#### **4. Asalto al convento de San Bartolomé**

Lord Wellington, respecto a San Sebastián, había enviado oportunamente, el día 4, desde Lanz, instrucciones precisas para su asedio. La posesión de una plaza como la nuestra entraba entre los planes de campaña más importantes del Generalísimo inglés. La posibilidad de que Napoleón pudiera reforzar de un modo mayor a Soult, sin que estuviera firmemente apoyado en la nueva base de operaciones, le hacía desear la ocupación de San Sebastián.

El día 11 de julio, Wellington vino de su cuartel de Lesaca a Hernani, y el día 12, revistando las tropas de Mendizábal entre Ayete y Oriamendi, reconocía San Sebastián desde el Chofre y las alturas de Ulfa con el Comandante de Ingenieros Charles F. Smitch encargado de formalizar el plan del sitio, determinando se abrieran las brechas en el muro oriental con la batería emplazada en la altura del Chofre, y se acometiera en cuanto fuese posible por la izquierda del Urumea en la baja mar, en tanto que, subordinando a una manifestación de los sentidos, los franceses se hacían fuertes en el convento de San Bartolomé, previniendo que su defensa incomodase desde allí la acción de los asaltantes.

El día 14, satisfecho de las obras de sitio, salió Wellington a ponerse al frente del ejército en los Pirineos, encomendando el mando a Sir Thomas Graham, que, emplazando las baterías en las alturas de la derecha del Urumea, abrió un camino cubierto por la antigua calzada de Pasajes hasta la orilla de dicho río.

Activado el asedio de la posición de San Bartolomé, los franceses no resistieron las acometidas más que desde las primeras horas del día 14 hasta las seis de la tarde y luchando con sentido esforzado, pero, a la vista del rompimiento que efectuaron los aliados con su artillería, tuvieron que emplear bombas y explosivos contra el enemigo y establecer, además, en las espaldas del monte y las ruinas del barrio de San Martín, una guarda de cuatrocientos hombres para la custodia del espacio llano intermedio del istmo que formaron las arenas arrastradas por el mar, agregándose al continente el monte sobre el que Don Sancho el Mayor, en la época de la dominación navarra, construyó el Castillo de Santa Cruz de la Mota, reconstruido después por don Sancho el Fuerte, y que fueron los que dieron a San Sebastián títulos de personalidad en el siglo XII.

Al día siguiente, 15, prosiguió el ataque con encarnizamiento, y abiertas brechas sobre los muros del convento, las fuerzas de la Brigada portuguesa del Mayor General Spry, preferentemente, y el 8.º de Cazadores, fueron rechazadas y perseguidas por los franceses que llevaron su valor hasta realizar una salida de intrepidez, con encuentros y luchas a sangre y fuego.

Así transcurrieron los sangrientos combates en aquella jornada cruenta que el asaltante empleó en consumir su obra en el convento de San Bartolomé, que concluyó ardiendo aparatosamente, arrasando las posiciones militares y conmoviendo el espíritu del pueblo de San Sebastián, que interesado no podía contener su inquietud y la agitación violenta de la contienda.

El día 17 asaltaron las ruinas del insigne convento de San Bartolomé los portugueses de Wilson y algunas compañías del 9.º de línea inglés, y tres Compañías del 1.º de los Royal Scots, apelando al arma blanca; ruinas que se apoderaron por la tarde, avanzando para situarse en los arrabales de San Sebastián. Allí habían sido heridos el ingeniero comandante de la plaza Pinot y el Jefe del Batallón De Selly, contándose entre los muertos el capitán de ingenieros Montreal y el Teniente Saint Jeame, y el capitán del 9.º inglés Woodman. Y no hubiera tenido mejor suerte el coronel Camerón sin el auxilio oportuno de sus granaderos...

## 5. Primer asalto, el 25 de julio.

El general Graham, confiado en el estado en que aparecían las brechas azotadas incesantemente por las baterías de Ulía y el Chofre, en el actual Nuevo Gros, decidió la preparación del asalto en la baja mar del 24 al 25 de julio, siguiendo instrucciones de Wellington, que llegó de Lesaca el día 23 para comprobar el estado de los trabajos y de la brecha, y ultimar el modo en que debía efectuarse el ataque sobre la plaza amurallada.

El camino a seguir era por una faja de poca anchura subsistente entre las aguas y el muro de la plaza.

La fuerza del ejército aliado que se destinó al combate consistía en el tercer batallón del 1º de Línea de escoceses reales, con su mayor Frazer, encargado de acometer entre los cubos de Amézqueta y los Hornos; el primer Batallón del 38º de Línea, con su coronel Greville, debía abordar las brechas pequeñas, y el famoso primer Batallón del 9º, que mandaba el Coronel Cameron, tuvo el cometido de servir de sostén a los escoceses. Al 8º de Cazadores Portugueses se le confió el ataque al Hornabeque, en el frente de tierra por donde se entraba en la ciudad. En suma, participaron unos dos mil hombres. Y tras una marcha dura, en un terreno muy escurridizo y con grandes charcos de agua, dispusieron el asalto que se ofrecía trágico y muy destructivo.

Dióse el aviso. La explosión de una mina del acueducto fue tal, que al instante se propagó el fantasma de la muerte en la guarnición del Hornabeque que, en parte, huyó espantada, en tanto que el Mayor Frazer con el Teniente de ingenieros Harry D. Jones, que le acompañaba, iniciaron la acometida por la primera brecha creyéndose siempre seguidos de las Compañías de Escoceses; pero, por un desorden en las filas del ejército sitiador, a decir de los historiadores, pocos fueron los que apoyaron la intentona.

La artillería del Chofre, coadyuvando al asalto con continuo fuego, vino hacer más infernal la línea de los aliados, ya que, por lo espantoso de la obscuridad reinante, causó más estragos la metralla entre los atacantes que entre los defensores, llevando de tal forma el desconcierto que detuvo, como es natural, la ejecución de las operaciones en momentos tan decisivos.

No obstante, varias unidades, recobrando el vigor, fueron en socorro de sus oficiales a la brecha, pero el escarpe interior de la muralla los detiene, en tanto que perecen en el sangriento combate el mayor Frazer, del 3º Batallón de escoceses reales, el ingeniero Machel, y el teniente Harry D. Jones, que había conducido la tropa destacada, mandada por el teniente Campbell, herido y prisionero.

En el punto que se percibe el desastre, los soldados acuden provistos de escalas para salvar los muros, aunque la tentativa es inútil porque todos los que con temeridad trepan por ellos sucumben pronto, sufriendo grandes pérdidas entre prisioneros y muertos.

La parte principal del cuerpo camina sin dirección determinada, sin rumbo; desean castigar y derrotar al enemigo, pero la confusión dominante les perturba y les impide su acción tardía, y comprendiendo así los coroneles Greville y Cameron hacen “enérgicos esfuerzos para salvar la situación”; bien que es vano empeño, a reserva de que el teniente Campbell de ejemplo de heroísmo sucumbiendo en el combate, e iniciándose el repliegue no sin haber experimentado las bajas de 49 jefes y oficiales y 520 hombres, de los 2.000 de la División del general Oswald rechazada por la guarnición francesa. De los franceses murieron el Jefe de Batallón de Sally y el capitán de zapadores Bidon, y las bajas fueron 67.

He aquí el tremebundo drama de la noche del 24 al 25 de julio de 1813, cuyo malogrado asalto y ataque imputable a “la falta de energía que en él se advirtió, de la que se inculpó a las tropas de la 5ª División, como si esa indecisión y esas vacilaciones que en ellas se advirtieron, no fueran la inevitable consecuencia de la falta de coherencia, de continuidad y de unidad de criterio en la acción de sus directores”.

Y así, el 25 de julio de aquel desdichado año, San Sebastián sufría en su recinto el efecto de las baterías de los aliados. Abierta la brecha por el fuego, el incendio destruyó 63 casas comprendidas entre la muralla y la calle de San Juan, haciendo los atacantes 27.719 disparos de todos los calibres, procedentes de cañones, morteros y obuses.

## **6. Nuevo bloqueo**

Convertido a bloqueo el sitio de San Sebastián, y agravada considerablemente la situación, debido al frustrado asalto anglo portugués del día 25, cuyas tropas se encontraban confusas y andaban próximas a la abertura de su atrincheramiento sin concentrarse en una ocupación, creció asimismo, como consecuencia, la ansiedad de los donostiarros en la plaza.

El día 27, al observar el desartillado de las baterías inglesas, recibieron nuevos ánimos los sitiados y alejaron los aliados el medio de poner fin a la ocupación de la ciudad.

Todavía más difícil; ordenado por el general Rey, llevaron a cabo los franceses una avanzada por las ruinas de Santa Catalina y de San Martín, y hasta consiguieron sorprender una centinela de servicio portuguesa haciendo 189 prisioneros.

Otras pequeñas escaramuzas en las noches del 29-30 de julio y el 1-2 de agosto dieron ocasión a la captura de una quincena de prisioneros y al recepción de algunos socorros de la parte del litoral francés vecino.

Aquellos días el ejército francés, al mando de Drouet y Soult, había iniciado una operación por el lado de Roncesvalles, consiguiendo romper nuestra línea y penetrar en España con la esperanza de llegar a socorrer las plazas de Pamplona primero y la de San Sebastián después, pero derrotado nuevamente el día 28 de julio en la batalla de Soraurren y sucesivos encuentros habidos en aquella parte de Navarra, las armas imperiales se vieron precisadas a retirarse por segunda vez a su país el día 2 de agosto, dando lugar con aquella intentona a la paralización temporal de las hostilidades en San Sebastián, detención que fue aprovechada por los vecinos sitiados para apagar el incendio que se había apoderado de dos de sus calles.

Las tropas del bloqueo, en cambio, sin plan de campaña decisivo, se ceñían al cerco pasivo, y únicamente les indujo a moverse de aquella quietud el recelo de que los franceses estaban poniendo artificios de pólvora para volar y derribar el reducto ocupado por los portugueses.

Mientras tanto, el general Rey, rápido y cauto, y sospechando que Wellington volvería su vista sobre San Sebastián, una vez rechazada la expedición Pirenáica, restauraba y reforzaba las obras de la guarnición.

En los preparativos defensivos de la plaza reinaba por anticipado el mayor espíritu ante el aviso de una invasión que se daba por segura y que antes de empezar se vió animada por el regocijo del día onomástico del Emperador de los franceses, que fue festejado con agasajo el día 15 de agosto, habiendo sobresalido durante la noche la grandeza de un excelente alumbrado, que adornaba con luces el castillo de la Mota en el que se hacía notar el nombre y divisa de Napoleón.

Cercano el cese circunstancial de los trabajos del sitio, los ingleses recibieron el día 19 de agosto, en Pasajes, el convoy con un equipo de material de asedio, tan deseado como necesario, compuesto de un tren de 14 cañones de a 24, 4 morteros de 10 pulgadas, 6 obuses de a 8, y 4 carronadas de a 68 libras. Total 28 piezas.

El día 23 desembarcó el tercer equipo de material compuesto de 28 piezas que habían llegado a Pasajes el día 21 en un convoy que hizo subir el número de piezas al de 117 para le que se disponían de unos cien mil disparos.

El fracaso ocurrido en Burgos por carencia de artillería de grueso calibre y el castigo sufrido en el asalto el día 25 de julio en la Zurriola con gran número de bajas, sirvieron, como enmienda, para evitar nuevos errores y a no confiarse tanto en los intentos prematuros como los registrados ante las plazas de Badajoz y Ciudad Rodrigo.

Acercado el material y completado el equipo y provisión de las piezas de artillería dispuestas en uno y otro lado del Urumea, el día 24 de agosto volvió el cerco a restablecerse en su disposición anterior, con la consiguiente inseguridad ciudadana en su encierro con los franceses intramuros, viviendo difícilmente y con el quebranto de sus virtudes dignas del mayor elogio.

## 7. Segundo sitio

Incorporado todo el personal de artillería a las Brigadas Sympher y Douglas afectas a las 3<sup>a</sup> y 4<sup>a</sup> Divisiones destinadas al sitio, y preparado todo el servicio para romper el fuego sobre San Sebastián, después de un plan técnico y con estrategia elaborado, el día 26 de agosto, a las ocho de la mañana, rompieron el fuego en presencia de Lord Wellington con una descarga hecha de 57 piezas de las montadas y, de manera tan violenta, que deshicieron los Cubos de Amézqueta, de los Hornos, la cortina que los unía y hasta el revestimiento del baluarte de San Juan, que quedaban trozados también ofreciendo una nueva entrada.

En la madrugada del día 27, se ganó la isla de Santa Clara en la que estaba de guarnición un destacamento de 25 hombres, como se he dicho anteriormente.

Para el bloqueo marítimo, por parte de los asediadores, se preparó una decena de grandes botes con 200 hombres mandados por el capitán Camerón bajo la dirección técnica del capitán de ingenieros Henderson, que a pesar del intenso fuego con que fueron recibidos durante el desembarco en la isla y de las 8 ó 10 bajas habidas, lograron hacerse dueños del puesto establecido en la ermita de dicha posición, en donde la misma noche dio comienzo a la construcción de una Batería en la que el 30 de agosto se puso un cañón de 24 y un obús de 8 pulgadas.

Durante todo aquel furor, hacían los franceses una salida por el Hornabeque con mucho brío contra la nueva batería mandada colocar por el generalísimo inglés y que fue protegida por el capitán Camerón, combatiendo hasta conseguir que los franceses retrocedieran, después de sufrir una terrible carga a la bayoneta.

Fue un derroche de hechos gloriosos por ambos bandos, y una pelea incasante que animaba a los sitiadores, y, a la vez, las aspiraciones fuertes y prolongadas de libertad del pueblo que deseaba con ansia una victoria amada intensamente.

En todas las noches de los días 27 al 29 de agosto no se cesó de guerrear por haber repetido los franceses, con empeño, sus salidas infructíferas, hasta que apuntó la luz del nuevo día con el espejismo maravilloso que como sosiego acariciaban una concordia ambos contendientes para poner término a un malestar sentido. Los combates habíanse iniciado con un gran hostigamiento. El día 29, aunque sólo con dos piezas pudo una batería seguir el fuego sobre la media torre de Amézqueta, se llegó, sin embargo, a destruir el extremo de la cortina de la muralla, haciendo más practicable la brecha.

Por tanto, se acercaba el momento en que los contendientes se preparaban para decidir la suerte del sitio y de la defensa, tanto de una parte como de otra, cada una dividida en dos ejércitos, con un frente de tropa muy numeroso al exterior y el general Rey, con sus auxiliares, la infantería, la artillería, las tropas de ingenieros, y, en general, la poca guardia con que contaba en la guarnición.

El día 30, por la mañana, todos los fuegos franceses estaban apagados, y la ciudad no presentaba sino un montón de escombros y algunas llamas, sobre los que las baterías consiguieron abrir tremenda brecha, produciendo pérdidas grandes; la totalidad de lo batido en brecha era de unos 250 metros que resultaba imposible robustecer, y lo que de noche se restablecía, de día lo destruía de nuevo la artillería aliada en unos encuentros cruentos y decisivos.

La situación de las tropas francesas, conforme a la distribución previamente formalizada, era la siguiente:

El Batallón del 34º de Línea se ocupaba de la defensa del puerto, El Camino de ronda, el Caballero o Cubo Imperial y la cortina hasta la Puerta de tierra.

El 22º y las fuerzas del 62º de Línea, situáronse a la derecha de la brecha grande de la cortina de la izquierda y al frente de la brecha pequeña.

Una compañía del 22º en el baluarte de San Juan. A la izquierda de la segunda brecha, se hallaba la guarnición de los Cazadores de Montaña, y 160 ó 180 hombres custodiaban el baluarte de San Telmo.

En el fuerte había 270 hombres del primer regimiento, y 60 del 119º regimiento, y sumaban, diseminados por la plaza, unos 600 hombres más sin colocación maniobrera fijada.

Por consiguiente, el destino conveniente realizado por el general Rey, dispuesto a resistir hasta el último extremo, no podía estar mejor distribuido y ordenado.

Como explican, con documentos y detalles, en su "Historia de las fortificaciones de San Sebastián" los señores Olavide, Albarellos y Vigón: "Lógicamente, la defensa del sitio por los franceses estaba condenada al fracaso, pues la inferioridad de en fuerzas y en medios con relación las del ejército sitiador, necesariamente había de contribuir a ello"; hasta 212 piezas de artillería pusieron en juego, mientras que los cercados únicamente "tenían 64, y muchas de ellas se encontraban en mal estado para su servicio en fuego". No obstante, el siempre esforzado general Rey, estuvo todo tiempo decidido "a continuar la defensa hasta el último extremo".

El mismo día 30, las baterías aliadas de San Bartolomé se bajaron a San Martín, y el generalísimo inglés, alterando la colocación de algunas de ellas, previno expresamente el comienzo del asalto para las once de la mañana del día siguiente, hora de bajamar, que sin duda servía a propósito para combatir y apoderarse de San Sebastián. En suma, la operación correspondía al intento malogrado del día 25 de julio, y que fue parecida a la que empleó el duque de Berwick en 1719.

## 8. Asalto del 31 de agosto

Wellington, apostado ya en Lesaca con su cuartel general, ha comprendido la importancia que tiene para las tres naciones interesadas, el impedir que el enemigo pase la frontera y sus columnas se desborden de nuevo por tierra española, y pone todo el empeño en organizar su gente con particular solícitud y atención para desbaratar a las fuerzas del Mariscal Soult y, al efecto, coloca los cuerpos ingleses y portugueses por el lado de Navarra, y la 4º ejército español, mandado por el general Manuel Freire, en varios acantonamientos de las peñas de Aya, que iban a ser acometidas de hecho por los franceses.

En efecto, en un despliegue para socorrer a la plaza de San Sebastián, el martes día 31 de agosto, al mando del general en jefe Soult, 18.000 hombres, con todo su poder, cruzan rápidamente el Bidasoa por el vado de Saraburu y se acercan a nuestras montañas, protegidas por los fuegos de su artillería dirigidos contra la infantería española, que es arrollado en las primeras embestidas en las posiciones avanzadas que ocupaban en el territorio guipuzcoana oriental.

A la misma hora, lo reputado por mejor de la 5ª División y tres brigadas portuguesas del general Graham, saliendo de las trincheras de Ulía y de las dunas del Chofre, rompen en fuego contra la plaza de San Sebastián, atacando principalmente desde los arenales de Gros, en su avance por la altura del ángulo saliente del hornabeque, efectuado por el grupo de voluntarios a *Los desesperados*, mandados por el teniente Francis Maguire y con la participación del capitán de ingenieros Rhodes. Pese al incesante fuego de fusilería y de artillería que desde la batería de San Telmo y los muros les castigan, causando muchos muertos, se disponen a rebasar el Urumea tan pronto como fuera posible escalar la muralla y lo permitiera el estado de la marea.

Desde las once de la mañana del día que había aparecido nuboso, gris, tenebroso, hasta las dos de la tarde se mantiene dudoso el resultado, y la cabeza de la columna de asalto a las ordenes de Robinson, con un efectivo de 3.000 combatientes, que fueron gradualmente lanzados para reforzar la impulsión dada a la columna primera, efectúan sus ataques contra los muros por el frente del Este (Zurriola), ocasionándoles considerables bajas, sin que la situación cambiase; pero hacia esa hora, un incidente fortuito, prende fuego el repuesto para granadas que tenían los franceses en la Brecha, y aprovechando la sorpresa y el aturdimiento de una serie de explosiones que todo ello produjo entre los soldados que se hallaban defendiendo aquel punto, hace que los portugueses, vadeando el río, logran penetrar en la plaza. A estas fuerzas siguen otras que se esparcen por el Cubo Imperial y la Plaza Vieja en persecución de los franceses.

Nos dirá W. Orbea, en un artículo publicado en *El Pueblo Vasco*, San Sebastián, domingo 28-IX-1913, titulado "¿Quién prendió fuego a San Sebastián?" que aquella explosión de los almacenes de pólvora que tantos estragos produjo, en un período culminante del asalto, desconcertando a los defensores, que batiéndose en retirada por las calles motivaron la sangrienta jornada, fue un "accidente de la guerra" que produjo "la quema se seiscientas casas durante el sitio, a causa del fuego ininterrumpido de las baterías el día del asalto y los precedentes, dirigido principalmente a la brecha abierta entre los "Cubos de Amézqueta" y de "Hornos", pero sin excluir el caso de la ciudad", cuyo incendio tuvo períodos en que fue latente, "porque ni había medios, ni

se disponía de gente para la extinción del fuego que debió extenderse rápidamente desde el día 1º de septiembre”.

Edificios públicos y templos notables; caudales, mercaderías, papeles y libros de comercio, bibliotecas, casi todo desapareció; el comercio de la ciudad quedó arruinado; y también preciosos diplomas, todos los registros notariales y los archivos -muy ricos- del Consulado y Ayuntamiento de la ciudad, depósitos de muchos documentos y otros objetos de mérito que los decoraban; todo lo asoló en incendio; todo lo arrasó.

Excepcionalmente, no se comprende cómo pudo salvarse un voluminoso y verdaderamente monumental copiador de cartas de la célebre Real Compañía Guipuzcoana de Navegación a Caracas, de 953 páginas, que da comienzo en 29 de octubre de 1781 y termina en 9 de noviembre de 1782, y por el cual se ve la extraordinaria importancia del comercio marítimo de San Sebastián, que subía a varios millones de duros.

Tomada por los aliados al fin la ciudad, hacia las tres de tarde, su guarnición se replegó al Monte Urgull, para seguir defendiéndose, y roto el freno de la disciplina, la soldadesca se entregaba con furor a increíbles desafueros, y a los atropellos contra las personas y las cosas, embriagada con la eficaz ayuda de la noche roja y tormentosa en que ruina y la destrucción del murado recinto desbarató cientos de casas que ardían considerablemente. Mientras, la brillante infantería a cargo del general Manuel Freire, con el refuerzo de los batallones de voluntarios de Guipúzcoa y de Vizcaya, emulaba a la fuerza del ejército de las tres naciones que contemplan la defensa hecha de las posiciones en la frontera, afrontando valerosamente los desesperados esfuerzos que hacían los franceses para apoderarse de la cima de San Marcial, obligando al enemigo, en diferentes ocasiones, y arremetiendo a la bayoneta, a descender hasta la orilla del Bidasoa.

Finalizando el día, antes de que los franceses puedan convencerse de la imposibilidad de romper las líneas de nuestro ejército, se desencadena una tormenta de agua intensa que obliga al invasor a desalojar todas sus posiciones y a volver a su tierra por tercera y última vez, antes de que por las abundantes lluvias se hiciera intransitable la ría internacional, impidiendo las maniobras de retirada de las vanguardias del ejército.

El agua que en gran cantidad cae sobre los dos campos de batalla, arrastra al Bidasoa y al Urumea la sangre derramada por los ingleses, franceses, portugueses y españoles en aquella terrible jornada en territorio guipuzcoano.

En San Sebastián, las llamas continúan echando a tierra casas, muros y edificios hasta arruinarlos, dejando a la población reducida a la más espantosa

miseria, sin recurso alguno. Y en el monte Ercazti de Irún se talan árboles para encender una hoguera y extinguir los muchos cadáveres de los bizarros combatientes que sucumbieron en la batalla que se libró en la frontera, que costó a los franceses tres mil seiscientos hombres entre muertos y heridos.

La misma tarde de la toma de San Sebastián, el Brigadier Luis de Rego Barreto sería nombrado Gobernador militar de la plaza por Sir Thomas Graham, como recompensa a su heroico comportamiento en el asalto y su esfuerzo eminente en la anterior lucha de Arapiles, durante la invasión francesa.

Cerca de dos mil quinientas bajas tuvieron los aliados, entre los que destacase la notable personalidad del ingeniero teniente coronel Sir Richard Fletcher, ilustre trazador de las líneas de Torres Vedras, muerto el 31 de agosto, en la Brecha; los capitanes Rhodes y Collyer, igualmente ingenieros, y el mayor Frezer, del 3º Batallón de escoceses reales, que, con el teniente Machel, perdieron la vida en el avance por la brecha el 25 de julio; los capitanes Wodman y Du Bourdien; los tenientes Schaw y Maguire, muerto, con todos los soldados que le secundaban en cabeza de la columna de asalto el 31 de agosto, y tantos otros que perecieron en la hecatombe cumpliendo con su deber.

En defensa de la plaza y del castillo para rechazar a los asaltantes, hasta el día 8 de septiembre que siendo imposible continuar la guerra, el glorioso general Rey ordeno el cese del fuego y la rendición a los aliados de su guarnición, en San Sebastián, sólo se salvaron 80 oficiales y 1756 soldados, habiendo desaparecido el comandante de ingenieros Gillet, los jefes del Batallón del 1º de Cazadores Cramail y Lupé; el capitán de ingenieros Wertwein y otros esforzados militares del ejército francés resplandecientes y que alcanzaron honores tan duraderos que el realce de su espíritu, en la persona del general Rey envuelve, contrayendo los de los felices vencedores Graham y Wellington.

Más de mil quinientas familias con sus 5.488 habitantes quedaron sin hogar, sin albergue, y muchos salieron de la ciudad aterrorizados, habiéndose dispersado en los caseríos y montes cercanos.

Fueron muchos los que perecieron entre los escombros de tanta desolación. Se consumieron 600 casas con cuanto contenían, estimándose las pérdidas totales en 102.305.000 reales y salvándose, dentro de las murallas, sólo 36 edificios, de los que uno ardió en los primeros días de septiembre. Quedaron en pie las casas contiguas al Castillo de la calle entonces llamada de la Trinidad; y fue en recuerdo y conmemoración de aquella circunstancia que a la mencionada calle de la Trinidad se le cambió el nombre en 1877, dándole el de 31 de agosto que en la actualidad ostenta. En ella se hallaban el convento de Santa Teresa, la iglesia matriz de Santa María, de fundación inmemo-

rial; la Cárcel pública (antiguamente convento de Jesuítas); el célebre convento de dominicos de San Telmo e iglesia de San Vicente.

Al retirarse al castillo las tropas del general Rey, los ingleses se apoderaron del convento de Santa Teresa y lo fortificaron contra los defensores del monte Urgull. Las iglesias de San Telmo y de Santa María serían asimismo ocupadas para almacenes.

*Lápidas conmemorativas* Conmemorando los lutos de 1813, hay dos lápidas en la calle de San Jerónimo. En una se expresa el acuerdo vehemente de reedificación de la ciudad. La otra dice:

XXXI DE AGOSTO DE MDCCCXIII  
 LOS ALIADOS TOMAN POR ASALTO ESTA CIUDAD  
 OCUPADA POR EL EJERCITO INVASOR  
 LA INCENDIAN LA SAQUEAN Y DEGUELLAN  
 GRAN NUMERO DE SUS MORADORES

Hubo también otra lápida conmemorativa inglesa del sitio de San Sebastián de 1813, en el monumento que existió en el alto de *Aize-erota* (Molino de Viento), estribaciones del Oriamendi, frente a Pintoré, dominando la Concha de San Sebastián:

GEORGIVS  
 GEORGII TERTII FILIVS  
 BRITANNIARVM. REGNVM. VNITVM. REGENS  
 ET QUI. REGIAE-MAIESTATI  
 A. SANCTIORIBVS. CONSILIIS. SVNT  
 HOC. MONUMENTVM  
 PONENDVM. CVRAVERVNT  
 ANNO SACRO  
 MDCCCXIII

En el mármol blanco, de 33 de alto x 81 de ancho y 45 cms. de grueso, fue desmontada y transportada por el ayuntamiento a las obras de restauración que se efectuaron en el Cementerio de los ingleses, en el Castillo de la Mota, el 18 de septiembre de 1924.

Así es como hemos visto aquellas horas de perturbación violenta de un pretérito accidentado sufrido con dolor y calamidades por nuestra ciudad el

31 de agosto de 1813, en el que se prodigó el heroísmo con la gloria del propio resultado, y se escribieron las páginas resplandecientes que ahora recordamos, la Historia de nuestro San Sebastián singular....

## FUENTES Y BIBLIOGRAFIA<sup>1</sup>

- ALBARELLOS, Braulio: Véase OLAVIDE, Juan y VIGON, Juan.
- ANABITARTE, Baldomero: *Colección de Documentos Históricos del Archivo Municipal de la M.N y M.L. Ciudad de San Sebastián publicada a expensas del Excmo. Ayuntamiento de la misma por acuerdo de 22 de enero de 1895*. Años 1200-1813. San Sebastián, 1895, 324 pp..
- ANABITARTE, Baldomero: *Gestión del Municipio de San Sebastián en el siglo XIX*, editada en la Casa Baroja, San Sebastián, 1903.
- BANUS Y AGUIRRE, José Luis: *San Sebastián, de ciudad a capital*. Conferencia pronunciada el 1 de marzo de 1963 en el ciclo: San Sebastián. Curso breve sobre la vida y milagros de una ciudad, con motivo de las conmemoraciones Centenarias de la Reconstrucción y Expansión de la ciudad (1813-1863-1963). San Sebastián, 1965, pp. 59-68.
- BELMAS, Jacques-Vital: *Journaux des sièges faits ou soutenus par les Français dans la Peninsule de 1807 a 1814*. Paris, Firmin Didot, 1836-1837, 4 vols.gran 8º, y Atlas, fol. de 24 mapas.
- BERRUEZO, José: *Los franceses en San Sebastián: Cómo vinieron, cómo vivieron y cómo se fueron*. Conferencia pronunciada el 21 de marzo de 1963 en el ciclo: San Sebastián. Curso breve sobre la vida y milagros de una ciudad, con motivo de las Conmemoraciones Centenarias de la Reconstrucción y Expansión de la ciudad (1813-1863-1963). San Sebastián, 1965, pp. 131-137.
- DUCERE, Ed.: *Le siège de Saint-Sébastien en 1813*. Pau, Ribaud, 1896. 8º m., 48 p.
- GOMEZ DE ARTECHE Y MORO DE ELEXAVEITIA, José: *Guerra de la Independencia: Historia militar de España de 1808 a 1814*. M. Imp. del Crédito Comercial, a cargo de D.D.Chauli (y) Imp. y lit. del Depósito de la Guerra, 1868-1907, 14 vols. 4º, facsímiles.
- JONES, John T.: *Journal of sieges carried on by the army Duque of Wellington, in Spain, Between the years 1811 and 1814*. Second edition. London, 1827, 2 vols. 8º mayor, 19-485- 480 pp. 17 láms. y vistas.
- LAMIRAUX, Francois Gustave: *Le siège de Saint-Sébastien en 1813*. París, Libr. Charles Levauzelle, 1900, 8º, 53 pp. croquis.

(1) Reseñamos lo que hemos tenido a mano y nos ha parecido más útil y asequible. No hemos tenido en cuenta la referencia de Jon Bilbao: *Eusko Bibliographia*. Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco. Cuerpo C. Bibliografía. vol. VII POYO- TOPOLOVSEK. Editorial Aunamendi, Estornes Lasa Hnos., San Sebastián, 1977, pp. 412 y 413.

- LARPENT, F.Seymour: *The private journal... during the Peninsular war from 1812 to its close*. 2ª edición. London, 1853, 2 vols. 8º.
- LEITH, Hay: *A Narrative of the Peninsular war*. Edimburg, 1831. 2 vols., láms. Panorámicas de diversas ciudades de España.
- MEXIA CARRILLO, Fernando: *Historia de las fortificaciones de San Sebastián*. Conferencia pronunciada el 15 de marzo de 1963 en el ciclo: San Sebastián. Curso breve sobre la vida y milagros de una ciudad, con motivo de las Conmemoraciones Centenarias de la Reconstrucción y Expansión de la Ciudad (1813-1863-1963). San Sebastián, 1963, pp. 109-119.
- MUGICA, Serapio: *Las calles de San Sebastián. Explicación de sus nombres*. San Sebastián, 1916, en 4º XLIV-203 pp., con planos, uno plegado.
- MUNARRIZ URTASUN, E.: 1813. Novela histórica basada en el sitio de San Sebastián. Obra premiada por la Junta del Centenario. Pamplona, 1958. Colección Ipar 16.
- MUNARRIZ, Teniente Coronel: *Líneas de Guipúzcoa*. (Estudio histórico geográfico). Publicaciones del "Memorial de Infantería" Toledo, s.a.
- NAPIER, Major General Sir William: Francis Patrick: *History of the war in the Peninsula, and in the south of France from...1807 to ... 1814*. London, Boone, 1828-1840, 6 vols. gran 8º, retrato, 53 mapas.
- OLAECHEA, Juan Bautista: *¿Quién destruyó San Sebastián?* San Sebastián, 1973. Grupo Doctor Camino de Historia de San Sebastián (obra Cultural de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián), nº 4.
- OLAVIDE, Juan, ALBARELLOS, Braulio, VIGON, Juan: *San Sebastián. Historia de sus fortificaciones. Siglos XVI y XVII. El sitio de 1813*. Notas ampliatorias del Coronel Mexía Carrillo. San Sebastián, 1963. Impreso en los Talleres Tipográficos "Icharopena", Zarauz.
- OLEZA, José de: *La recuperación de San Sebastián y Pamplona en 1813*. Editorial Gómez. Pamplona, 1959. Colección Ipar 18.
- REVISTA "EUSKAL HERRIA": t.I, 1889, p. 86; año 1880, pp. 89-97; t.III, 1881, p. 140; y t.LXX, 1914, pp. 19-65-153.
- SORALUCE, Pedro Manuel de: *Noticias históricas acerca del Convento de Santa Teresa y de la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen de la M.N. y M.L. Ciudad de San Sebastián*. En la revista "Euskal Herria", t. XXVII, 1892, p. 437.
- TOMKINSON, William: *The diary of a cavalry officier in the Peninsular and Waterloo campaigns 1809-1815 by the late lieut. Col.... 16th Light Dragoons*. Edited by his son James Tomkinson, London, Swan Sonnenschein, New York: Macmillan & Com., 1894, 8º VIII, 358 p. de retratos y planos.
- VIGON, Juan: Véase OLAVIDE, Juan y ALBARELLOS, Braulio.
- WESTALL, Richard: *Victories of the Duke of Wellington, from Drawings by R. Westall, R.A.* London: Printed for Rodwell and Martin, New Bond Street, 1819, 4º, 59 pp. 12 láms.